

Discurso del profesor Raúl Mejía, con motivo de la distinción de Profesor Emérito*

Señor rector de la Universidad de Antioquia, doctor Luis Pérez Gutiérrez y demás directivas Universidad de Antioquia. Doctor Alejandro Botero B., decano Facultad de Odontología Universidad de Antioquia; señores jefes de Departamento y demás miembros del Consejo de Facultad; señores profesores; apreciados estudiantes; doctora Martha Inés Sierra, Martha y Alejandra Mejía (mi familia, mis amigas); señoras y señores:

No soy vocero de los compañeros que esta noche comparten conmigo la distinción que nos otorga la Universidad, pero sé que son solidarios con el sentimiento de gratitud que hoy estremece nuestros afectos universitarios.

He aceptado esta distinción porque tengo la plena seguridad de la profunda honestidad con la cual es otorgada y si bien con marcada generosidad, sí lejos de razones que devalúen el honor otorgado. Soy esencialmente idealista y la Universidad lo es por esencia y allí no cabe, como decía José Ingenieros "...el peso de los honores con que se intenta domesticar a los hombres y hacerlos cómplices de los intereses creados, dóciles, maleables, solidarios, uniformes en la común mediocridad..."

Acepto la distinción con gran emoción, porque, como dije en carta al Consejo de Facultad: ...pertenezco al sector de docentes de la Universidad que sienten el hecho de ser profesor, como una alta jerarquía del espíritu, abrumadora a veces por la magnitud de la responsabilidad implícita, pero dignificante siempre. Aspiré a todas las posiciones de la Facultad donde pensé que podría hacer aportes positivos, seguro, con el difícilmente evitable ingrediente de la vanidad hu-

mana, pero con todo mi entusiasmo. Sin embargo, esto de "Profesor Emérito" no estuvo entre mis sueños, aunque lo acepto agradecido.

Me queda, sin embargo, el temor recóndito que se trasluce en pensamientos, cuando uno no quiere creer que sea tan diferente a los demás para merecer estos honores y sean más bien esos destellos de la vida que lo obsequian a uno, en estas ocasiones, tan generosamente, para enriquecer el espíritu en el presente y aumentar las nostalgias del pasado, que es la vida misma, ligada íntimamente a esta Universidad tan consentida a nuestros gustos.

Permítanme ahora, unas breves reflexiones sobre la tarea de la Universidad: leía recientemente una conferencia de Karl Jaspers, dictada en mayo de 1945 en Heidelberg, la bella Heidelberg del río Neckar, en ese entonces aún humeante por las bombas. Decía Jaspers: "El futuro de nuestras universidades, con tal que les sea concedida una oportunidad, reside en la renovación de su espíritu originario. Este que, desde hacía medio siglo, iba declinando despacio, en los últimos tiempos decayó más profundamente. Doce años trabajaron en el aniquilamiento moral de la universidad. Ahora es el momento en el cual los docentes y los estudiantes, se ven obligados a reflexionar sobre su modo de obrar. Cuando todo vacila, nosotros, por nuestra parte, queremos saber dónde estamos y lo que queremos". Al leer estos planteamientos pensé en la "ley pendular". Se resaltaba en 1945 la historia de la Universidad alemana semidestruida espiritualmente, no sólo por la guerra, sino por largos años, previos a ella, de sumisa obediencia al

* Profesor titular. Facultad de Odontología de la Universidad de Antioquia.

único sistema que ha sido proscrito por la humanidad en la era contemporánea. En nuestra Universidad, reflejo del momento histórico del país, ahora son válidas las reflexiones de Jaspers, 45 años después.

El hombre universitario debe ser convocado por la fuerza misma de la época para que señale la ruta de la Universidad e indique lo que se quiere. Estamos frente a una universidad profesionalizante, formadora del trabajador universitario para las tareas de la sociedad. Procuremos además la investigación y la extensión.

El Estado y la sociedad requieren la producción del conocimiento, a través de la ciencia, fundamentalmente para el logro del desarrollo tecnológico, en la industria, en la salud, etc. Lo realmente crítico, es sentir que estamos en la línea de una educación superior basada más en los procedimientos que en los fundamentos, más en el conocimiento práctico, que en la estructuración de una cultura científica.

Tendremos que trabajar en nuestra propia formación como maestros, para poder lograr alumnos que sean pensadores con criterio independiente, autorresponsables y con espíritu crítico frente a sus profesores, dentro de los lineamientos de la ciencia. Así se tendría la verdadera libertad espiritual para enseñar y la plena libertad de aprender, dentro de la autocrítica de profesor y alumno como presupuesto básico para el logro de la objetividad.

De otro lado, nuestra legítima aspiración al logro del conocer a través de la investigación no puede aislarse del humanismo. El científico o investigador exclusivo, básicamente analiza y describe el conocimiento nuevo para incorporarlo a la ciencia y la tecnología, sin el espíritu humanista.

El humanista busca la verdad en los caminos de lo cotidiano, para estructurar la sabiduría de la vida. Estas reflexiones son propuestas antiguas para señalar que no debemos aspirar simplemente al conocimiento a través de la investigación, sino que debemos aspirar a una ciencia íntima y sólidamente ligada al humanismo, para que el saber esté orientado realmente al servicio del hombre integralmente, desde lo tecnológico y aplicable, hasta las elevadas esferas del espíritu.

La investigación en sí misma no puede estar encauzada exclusivamente a las conquistas cien-

tíficas, sino además y esencialmente, a la formación del espíritu de quienes tienen el privilegio de alcanzar la educación superior y a través de ellos, crear una conciencia humanística.

Los trabajadores de la salud, no podemos aquietar la conciencia con la sola idea del conocimiento profesional. La dinámica de la ecuación salud-enfermedad es algo más que diagnosticar y tratar patologías. Tendremos que aventurarnos al conocimiento de las variables psico-sociales, que junto con las biológicas, determinan, en gran medida, el equilibrio o la descomposición del sistema salud-enfermedad. Luchemos por la ruptura de la investigación con el solo propósito de conocer, pensemos que sólo a través del humanismo podemos servir al hombre, dignificándolo a través de los caminos de la vida. Démosle cabida en la Universidad, y en nuestra Facultad en particular, con fuerza y convicción a temáticas como el arte, la verdad, la felicidad, el amor, la libertad, la crítica, la ética. La libertad real, esa que ejerce sus grandezas en la expresión de un espíritu constructivo en el hombre, pero al tiempo crítico, analítico y rebelde, porque si no es crítico, no es un espíritu libre y ésta es premisa esencial para podemos acercarnos al goce del saber.

El verdadero humanismo es idealista, pero debido a eso sus metas siempre están más allá de los logros cotidianos. Les propongo a manera de reflexión, los planteamientos de José Ingenieros, en un bello párrafo de su libro *El hombre mediocre*: "El que sirve a un ideal, vive de él, nadie le forzará a soñar lo que no quiere, ni le impedirá ascender hacia su sueño".

Para terminar, permítanme otra reflexión que afloró en mi sentir, para este día, como fugaz historia de mi vida docente: en mis años de estudiante, ya lejanos, con todo el vigor de mi juventud, aprendí a *sentir* esta Universidad. Durante mi vida de profesor, al paso de los años, mi contacto con la idea, el libro y la juventud de mis alumnos, me indujo a *amar* la Institución. Hacia el futuro, en mis años maduros, tendré un solaz para el espíritu en los recuerdos de todo lo que he amado tanto en estas regiones universitarias, que son buena parte de los sentimientos y afectos que llenan los compartimentos de mi espíritu.

Medellín, 3 de octubre de 1990